

DISCURSO ÍNTEGRO DE JUAN CARLOS I DURANTE EL ACTO DE ENTREGA DE LOS XVIII PREMIOS ORTEGA Y GASSET DE PERIODISMO

Acabamos de premiar, en los galardonados con el Premio Ortega y Gasset de Periodismo, a la excelencia en una profesión crucial para el desarrollo de los pueblos. La libertad de expresión es uno de los pilares esenciales sobre los que se asienta toda democracia. La construcción de ésta en los dos últimos siglos coincide con la implantación en nuestras sociedades de unos sistemas de opinión pública que permitan a los ciudadanos ejercer su opción como electores y hacer llegar al poder sus reclamos, sus ideas, sus ruegos, sus exigencias de personas libres y participantes en el quehacer común de la comunidad. Y es la libertad de expresión, su responsable crítica frente al poder, su denuncia de las injusticias y su solidaridad con el dolor ajeno, lo que premiamos hoy en la trayectoria de *El Comercio* de Lima, el equipo de investigación del diario mexicano *Reforma* y la fotografía publicada en EL PAÍS por Gorka Lejarzegi.

Quiero expresar las muchas satisfacciones que produce en mi ánimo un hecho como éste. Por el significado de los premios, que llevan el apellido de alguien fundamental en la historia de España y de su cultura, el de quienes han sido distinguidos con ellos, que constituyen una representación entrañable de la América hispana, y el de la institución que los convoca, el diario EL PAÍS, cuyas bodas de plata coinciden, no por casualidad, con las celebraciones del 25º aniversario de la Corona.

Han sido muchos los intelectuales que han influido poderosa y decisivamente en nuestra sociedad, pero quizá ningún otro haya tenido, en el pasado siglo, la relevancia que don José Ortega y Gasset adquirió como filósofo, como profesor, como publicista y periodista. Desde su temprana juventud se inició en los secretos de la profesión periodística del brazo de su padre, José Ortega Muniña, director de *El Imparcial*, y su nombre y su legado se desparraman ahora por sucesivas generaciones de españoles que han aprendido del maestro Ortega no sólo la fortaleza proteica de su prosa sino, sobre todo, el compromiso indeclinable de los intelectuales con la sociedad que les rodea.

A este compromiso han hecho honor diarios como *El Comercio* de Perú, y *Reforma* de México. El primero es una institución más que centenaria, acostumbrada a defenderse, a lo largo de los tiempos, de los abusos del poder y la ignominia de las



Un momento de la intervención del rey Juan Carlos en el acto de entrega de los Premios Ortega y Gasset 2001, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

díctaduras. El segundo se trata de una publicación aún joven que ha contribuido, valerosa y tenazmente, al desarrollo del pluralismo democrático y a la modernización y profesionalización del periodismo en su país. Ambos, como tantos otros medios de comunicación de Hispanoamérica, son testigos y agentes de la fabulosa aventura que constituye el uso del castellano en el mundo, una lengua en expansión constante sin que la avale hoy ningún entramado político, económico o militar, sin otro aliento que el

formidable y todopoderoso que le proporciona el pueblo. Bien sabemos que la extensión del español en América fue una consecuencia de la creación del imperio que, como cualquier otro, arrojó su saldo de luces y sombras, de encuentros y desencuentros. Pero es imposible resistirse a la fascinación moderna de ver cómo nuestro idioma gana hoy terreno de forma pacífica y constante incluso en la sede del país más poderoso de la tierra. La prensa y los otros medios de comunicación de Hispanoamérica han contribuido, durante siglos, a la construcción y extensión del idioma castellano, y éste es materia prima con la que se fabrica y fluye en aquellos países esa libertad de expresión, fundamento de todo pueblo libre.

La libertad de expresión, la independencia y la solvencia profesionales, fueron las banderas con las que EL PAÍS y muchos otros periódicos de España, convocaron a sus lectores en la primera hora de la transición política. A quienes nos tocó protagonizar aquellos momentos tan difíciles como apasionantes de nuestra historia reciente, no se nos escapa, ni se nos ha de olvidar, la contribución que la prensa, la televisión, la radio, y las gentes de la cultura hicieron al diálogo y la reconciliación entre españoles que la Corona propició. Ya es un tópico hablar de la importancia fundamental que tuvo la prensa en la construcción de la Monarquía parlamentaria, en el consenso que la avaló y en la convivencia que entre todos inauguramos. Esto es así, en gran medida, porque los medios de comunicación juegan un papel esencial en las sociedades modernas. En el umbral de la era de la información, cualesquiera sean los destinos que ésta nos depare, sabemos ya que el futuro de la democracia dependerá, cada vez más, de la existencia de medios de comunicación capaces de resistirse a toda censura, pública o privada, defensores de los derechos de los ciudadanos y de la libertad de expresión como un bien preciado y un derecho que nos pertenece a todos. Los periodistas, los profesionales y los empresarios de los medios, disfrutaban del privilegio de tener un acceso prioritario al ejercicio de ese derecho. Por lo mismo deben actuar de forma responsable, no invadiendo con su libertad la libertad ajena, haciendo de la prudencia la mejor de sus virtudes, huyendo de la demagogia, el sensacionalismo y la arbitrariedad. Quienes así se comporten, estoy seguro, verán premiado su esfuerzo con la confianza de sus ciudadanos y la credibilidad que éstos le otorguen.

Por todo lo dicho, me satisface enormemente poder felicitar hoy, junto a los premiados con el Ortega, al diario EL PAÍS, a sus fundadores, sus periodistas, sus trabajadores, su empresa y, sobre todo, a sus lectores, en una fecha tan señalada como ésta, en la que se cumple su primer cuarto de siglo. Levanto mi copa para desearles otros 25 años de prosperidad y de contribución a las libertades y brindo por el futuro de la prensa en Hispanoamérica y en España, y por el de nuestras democracias.